

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

LOS PROGRAMAS Y LOS DESEOS

LOS PARTIDOS Y EL HOMBRE DE PARTIDO

TENGO, a la vez, un vivísimo deseo de que en España haya partidos políticos y una instintiva repugnancia ante la idea de pertenecer a uno de ellos. Como ambas cosas son igualmente verdaderas, y en apariencia al menos se oponen, creo que vale la pena examinar eso que es, literalmente, un problema.

Tengo la arraigada convicción de que todo Poder sin legitimidad social —más aún que jurídica— carece de autoridad y se reduce a mera fuerza, a fuerza «bruta»; como la ilegitimidad, desde hace bastantes decenios, ha invadido grandes partes del mundo, esta es una causa decisiva de la crisis evidente en que estamos sumergidos; y como los no muchos países que conservan su legitimidad interna tienen que tratar y cooperar con los demás, su propia legitimidad, aunque a efectos interiores esté intacta, queda «contaminada» por lo que podríamos llamar la «ilegitimidad ambiente», una gigantesca «polución social» que envuelve, como una atmósfera casi irrespirable, el mundo. Recomiendo al lector que pase revista atentamente a cada una de las «naciones» que componen las Naciones Unidas y vaya anotando junto a cada nombre un coeficiente de legitimidad o —en diversos grados— ilegitimidad.

Creo, con no menor firmeza, que desde el fin del antiguo régimen no cabe más legitimidad que la que se expresa inequívocamente, con libertad, y de manera periódica; es decir, aquella en que el consenso es voluntario, expreso y renovado de tiempo en tiempo: en otras palabras, la democracia.

Ahora bien, la democracia requiere la existencia de partidos políticos, absolutamente necesarios para su articulación y funcionamiento, para que las votaciones no se conviertan en un despliegue de demagogia o una coacción o una atomización de la que sale triunfante un manipulador hábil. Una democracia sin partidos sería la transposición fraudulenta de las estructuras de la vida privada a la vida pública; y una «democracia» con un partido único es la peor profanación que puede imaginarse de las dos palabras implicadas: democracia y partido.

Algunos llaman democracia «inorgánica» a la democracia política como tal, a aquella en que los hombres se agrupan según líneas políticas para votar políticamente y tratar de conseguir políticamente el Poder. En España se ha hablado durante demasiado tiempo de democracia «orgánica», con el pretexto de que el hombre no pertenece naturalmente a un partido, pero sí a una familia, un municipio, un sindicato, etc. Actualmente en Francia se enfrenta la «democracia de ciudadanos» a la (verdadera) «democracia de trabajadores».

Son diversas formas del mismo sofisma fundamental. En primer lugar, es falso que el hombre pertenezca «naturalmente» a un municipio o un sindicato; pertenece —si pertenece— históricamente, en ciertas épocas y países, por razones histórico-sociales; ni siquiera puede decirse que pertenece «naturalmente» a una familia —habría que precisar a cuál—, entre otras razones, porque nada humano es meramente natural.

En cuanto a la transposición entre democracia de ciudadanos y democracia de trabajadores, es absolutamente inaceptable, porque la democracia afecta precisamente a los hombres

en cuanto ciudadanos —miembros libres de la comunidad política—, no en cuanto padres de familia, solteros, rubios, carpinteros, profesores, agricultores, católicos, metodistas, deportistas o aficionados a la música. Donde no hay ciudadanos, no hay democracia, y eso es precisamente lo que pasa en buena parte de los países que se titulan así.

Los partidos organizan las «partes» del cuerpo social, en lo que se refiere a sus opciones políticas. Por eso tienen carácter programático: son las diversas figuras de Estado que se proponen a los ciudadanos para su elección entre ellas. Las elecciones son eso, medios de escoger entre varios caminos de convivencia política, entre diversos modelos de organización política del país.

Pero si esto es así, son esenciales dos condiciones. La primera, que los partidos tengan un contenido programático, y en ese sentido doctrinal o ideológico; quiero decir que no sean puramente pragmáticos, o meros «séquitos» o secuacidades de un conductor más o menos modesto o mediocre (es lo que significa, ni más ni menos, la palabra alemana Führer); con otras palabras, los partidos resultan formas de cinismo cuando son enmascaramientos de lo que se llamaba durante la Restauración «fulanismo».

La segunda condición, no menos importante, es que esa doctrina o ideología sea política y nada más; es decir, que en ella no ha de implicarse una especie de Weltanschauung o idea general del mundo y de la vida, una quasi-religión. La inmensa mayoría de los temas y dimensiones de la vida quedan fuera de la política, y con mayor razón fuera de los partidos. Otra cosa es «totalitarismo» en el más profundo y grave sentido de la palabra: no ya que el Poder del Estado sea total, sino más aún: que nada sea indiferente para la política, que ésta lo penetre y condicione todo; y a la inversa, que de las íntimas preferencias de todo orden se siga una filiación política.

Los hombres y mujeres unidos por su coherencia política pueden discrepar en casi todas las cosas de este mundo y, por supuesto, del otro; y los que políticamente se distinguen o incluso se enfrentan pueden y deben tener lazos mucho más profundos en su trabajo, en sus preferencias, admiraciones, devociones.

Así entendidos, los partidos políticos me parecen una condición esencial para la legitimidad, la concordia y la vida civilizada. ¿Cómo, entonces, siento repugnancia a pertenecer a cualquiera de ellos? Intentaré explicarlo.

Tan esencial como la existencia de partidos es que una gran parte de la población no esté adscrita a ninguno. Los afiliados deben ser los que organizan el mecanismo electoral en todas sus fases, los que velan por los derechos del partido, los que asumen las funciones políticas, optan a los cargos electivos, ejercen el Poder en caso de triunfo electoral, trazan las líneas de la oposición cuando no han alcanzado la victoria. Un partido nacional bien organizado reclama muchos esfuerzos, y no puede funcionar más que con un considerable número de miembros repartidos por el país.

Pero una porción muy amplia de los ciudadanos, quizá la mayoría, puede no considerarse fielmente representada por ninguno de los partidos existentes. Cuando esto es así, la tentación es multiplicarlos, hasta que alguno coincida con cada una de las posiciones individuales; pero esto es quimérico: el número de partidos tendría que ser enorme, y todos ellos serían inoperantes o caerían en las manos de uno con menos escrúpulos. Los ciudadanos pueden «apoyar» a un partido con el cual no encajan perfectamente, al cual no pueden «pertenercer». Y esto quiere decir que pueden apoyar a uno u otro, al que en cada situación responda mejor a lo que creen conveniente.

Esto evita la fanatización de los partidos, su extremosidad, su unilateralidad, los corrige automáticamente. Cuando un partido se abandona a la inercia, a la irresponsabilidad, al capricho, a la hostilidad contra amplias zonas del país, muchos electores lo abandonan, y el precio es la derrota. Una democracia está viva cuando son muy pocos los «incondicionales». Su salud exige —entiéndase bien, exige— que haya varios partidos políticos y muchos ciudadanos no afiliados a ninguno.

Que yo sea uno de ellos no tiene el menor interés. Lo tiene un poco mayor la razón de que así deba ser, de que los hombres de mi condición y oficio, dedicados a tratar de descubrir la verdad de las cosas y expresarla, difícilmente puedan estar adscritos a un partido, no puedan ser «hombres de partido».

El hombre de partido afirma —enérgicamente si es posible— esa parte, e intenta hacerla triunfar. El hombre de pensamiento tiene siempre presente el carácter parcial de esa parte, y por tanto no olvida el resto. Y se considera perteneciente también a ese resto, es decir, a la totalidad. Quiero decir que no puede querer con demasiada fuerza el triunfo de un partido con exclusión de los demás; a lo sumo, puede «preferirlo», y por eso puede apoyarlo. Un triunfo «total» no puede ser deseado por un hombre de pensamiento, el cual está siempre corrigiendo lo existente en vista de lo que puede y debe ser mejor.

Eso es lo que significa en su último reducto la palabra «liberalismo»: tener en cuenta los derechos, los deseos, las pretensiones de los demás; afirmar la voluntad de que también ellos puedan ser lo que son; limitar, en beneficio de los otros, el propio poder, si se ha alcanzado. ¿Quiere esto decir que los hombres de vocación teórica no pueden pertenecer más que a un partido liberal? En modo alguno, y en dos sentidos. Primero, porque pueden preferir otro partido, y por consiguiente favorecerlo y apoyarlo. Segundo, porque en cuanto «partido», por bien que les parezca, por mucho que deseen su existencia, aunque sientan entusiasmo por su función histórica, siempre lo encuentra: excesivamente «partidista», y ellos no pueden ser «hombres de partido». Si se quiere decirlo con otras palabras, el hombre de pensamiento, si lo es, tiene que ser más liberal que todo partido, incluso el liberal.

Julían MARIAS

UNA BUENA IDEA

Una cultura, un congreso

LA idea —de quien fuese— es buena: quiero decir, oportuna. Hacia falta proyectar algo como un «Congrés de la Cultura Catalana», y precisamente ahora. Cuando, al principio, se habló de titularlo «Congrés en Defensa de la Cultura Catalana», la cosa tampoco estaba mal. Quizá el cambio de nombre obligue a un cambio de planteamientos. En todo caso, la noción de «defensa» hubiera limitado sus posibilidades al centrarlas en una actitud básicamente reivindicativa, mientras que la tarea pendiente permitiría ir mucho más allá. Y aún así, ¡ay!, no saldremos del terreno de los agobios y de la precariedad. Ya es bastante sintomático el hecho de que tengamos que montar un «congreso» de la Cultura Catalana. A nadie se le ocurriría, a estas alturas, hacer otro tanto con la cultura francesa, con la cultura alemana o con la cultura italiana, si valen unas referencias saludables. Dentro de estas culturas se organizarán congresos sectoriales: de historia, de filología, de medicina, de arte, de economía, de matemáticas, de lo que convenga. Pero no de la «cultura» entera. A nosotros, por el contrario, nos urge esta necesidad. Y nos urge porque la nuestra, en conjunto, de cabo a rabo, es una cultura en apuros, todas las parcelas solidarias en una misma dificultad histórica. El «Congrés» podría ser la ocasión del análisis militante.

Yo dispongo de informaciones un tanto vagas acerca de cómo se están perfilando los preparativos del «Congrés». Parece ser, y me congratulo de ello, que el propósito de fondo aspira a abarcar la máxima amplitud de cuestiones y el área total de los Países Catalanes. De no ser así, desde luego, la tentativa tendría un interés muy relativo, a pesar de su buena fe. Contra cualquier optimismo precipitado, personalmente sostengo que la situación no es para considerarla halagüeña: ni por el lado de la «cultura»,

ni por el lado de «catalana». Si la maniobra se pretendiera seria, los dos ingredientes han de ser asumidos en su plena entidad. Que luego se le añada una dimensión digamos popular, con actos más o menos multitudinarios, para sensibilizar a la ciudadanía ante los problemas en trámite, miel sobre hojuelas. Pero «luego». No es imprescindible que se trate de un «luego» cronológico. Intento explicar que, para que se produzca una «resonancia» entre las muchedumbres ha de haber algo que «suene» primero. Y según sea ese «algo», la conciencia que la gente tome será una u otra, y el momento en que vivimos, delicado por tantísimas razones, no puede perderse sin graves riesgos, tal vez irreparables. Los términos «cultura» y «catalana», aquí y ahora, han de responder a su lógica intrínseca. Importa no olvidarlo.

¿«Cultura»? ¿Y qué no es «cultura», en última instancia? Estamos acostumbrados a ceñir el vocablo a unas cuantas actividades especializadas. Una larga tradición académica lo quiere así. La alternativa de una «cultura popular», en el ramo de la etnografía y el folklore, o la antropología, como estudio de unas reales o presuntas «formas de vida» peculiares de un determinado reducto social, no sirve de compensación. Materia de «cultura» lo es todo: no hay aspecto del comportamiento individual y colectivo, que al ser objeto de reflexión, no se traduzca en «cultura», tanto como cualquier reflexión en sí o sobre la naturaleza. La actividad científica y la creadora constituyen su faceta más palmaria; pero también lo demás. El «Congrés» ha de abarcar esa vasta y compleja gama de realidades, y el temario inicialmente propuesto procura registrarlas. Nada ni nadie será —deberá ser— ajeno a un reexamen profundo, desde el ángulo civil concreto que nos importa. ¿Que eso es demasiado ambicioso? Sin duda,

Pero valdrá la pena intentarlo. Aunque el resultado sea, en algún sector, poco satisfactorio. En definitiva, tampoco podemos esperar que el «Congrés» supla rigurosamente competencias cuyo cumplimiento, en circunstancias normales, pertenecería a instituciones públicas regulares. La «anomalía» está ahí, y el «Congrés» se justifica en su abrupta amenaza.

Y en cuanto a lo de «catalana», sólo un alcance auténtico tiene la palabra: el gentilicio ha de comprender la totalidad de los Países Catalanes, de Salses a Guardamar, de Fraga a Maó. No de otro modo ha sido enfocado el «Congrés», por supuesto. Ya sé que éste es un punto vidrioso, y no sólo en las regiones periféricas: la vieja, empedernida «questió de noms» obstaculiza el desarrollo natural de una acción conjunta razonable. El asunto, sin embargo, ha de ser aceptado con la mayor franqueza y desdénando los incordios particularistas que lleguen a surgir. El «Congrés de Cultura Catalana» tendrá la premisa territorial de los Países Catalanes, y habrá de funcionar con la óptica englobadora correspondiente. Cualquier concesión en este extremo no sólo lo frustraría: lo falsearía. Cada cual, huelga decirlo, es muy libre de sentirse «catalán» o no, en la perspectiva de que hablo, igual en el Principado que en las Islas, en el País Valenciano o en la Catalunya-Nord. Pero el «Congrés», por definición, ha de asentarse sobre adhesiones resueltas. Que sean pocas o muchas ya es otro cantar. De unos sitios saldrán más; de otros, menos. ¡Qué le vamos a hacer! En todo caso, sería peligroso tergiversar los hechos. Al fin y al cabo, uno de los beneficios que puede aportar el «Congrés» será el dar la medida —clarificadora— de una «unidad» a la vez debatida e ilusionada. Como partimos de cero, o casi,

en las apariencias, será ilustrativo ver el resultado, y buscar sus causas.

Un temor que, a juzgar por ciertas voces de alerta, estaría bastante difundido es el de que el «Congrés» peque de «culturalista». La verdad, yo no creo que no pueda ser «culturalista»: cuanto más lo sea, mejor. Reducirlo a una mera algarada algomávar, con muchos himnos, vivas y banderas, tendrá su utilidad, pero no sería la sola deseable. El «Congrés» ha de afrontar la «cultura catalana» —la completa vida catalana— como un problema. Y como tal problema habrá de ser estipulado. Cada «ponencia» tendría que orientarse hacia investigaciones específicamente puntualizadas. Empezando por un inventario o una descripción de lo que «hay» en cada sector, siguiendo por la nómina de déficit y angustias que de ello se deduzcan, y terminando por una propuesta de soluciones. Suplantar este esquema por cualquier abuso de retórica, por cualquier insigne crispación patriótica, equivaldría a una pérdida de tiempo fatal. Lo primero que del «Congrés» cabe esperar es un estudio severo de lo que la «cultura catalana» —la vida catalana, insisto en su refracción cultural— «es» hoy día, el detalle de sus inquietudes, y un programa de remedios. Si eso se logra, habremos dado un largo paso hacia el futuro: en la peor de las hipótesis, sabremos de qué mal hemos de morir, lo cual tampoco es despreciable. Porque la táctica del avestruz es idiota. Mi confianza se inclina por el costado de la serenidad y la pulcritud en la labor de desbroce, de anatomía, de discusión descarnada. Es lo que se anuncia. Hago votos para que se cumpla. Y mañana, Dios dirá.

Joan FUSTER

**can carbonell**  
 PARQUE RESIDENCIAL  
 EN PLENA MONTAÑA, A 13 MINUTOS DEL MAR, ENTRE VIDRERAS Y LLAGOSTERA.  
 SALIDA 7 AUTOPISTA DE GERONA, DIRECCION SAN FELIU DE GUIXOLS.  
 APROBADO POR C.P.U. 8-3-74  
 Solicite Información sin compromiso a:  
**Fontol s.a.**  
 Cardenal Reig s/n, escalera D 1º 2º BARCELONA Tels. 325 04 53-298 6104  
 Don. Domicilio. Población. Tel.

**REFORMAS ALBAÑILERIA**  
**ALDECOR S.A.**  
 Malgrat, 114 Telf. 3492611